

El don de profecía **¡Escuchen esto!**



7ª SEMANA **1**

inTro

Ira ante el mensaje de Dios

Actualmente se anima a las personas a «decir su verdad»: sus experiencias, sus ideas, sus necesidades, sus límites, sus convicciones, sean cuales sean. Según esta forma de pensar, toda «verdad» es válida y no debe ser silenciada. Sin embargo, ¿qué sucede cuando algunas de estas «verdades» profundamente arraigadas entran en conflicto con la Verdad, que es Jesucristo, y su Palabra escrita?

Ante esta contradicción, algunas personas aceptan las verdades bíblicas y se alejan de sus errores, pero otras se aferran a sus mentiras. Algunas cambian su comportamiento en respuesta a la verdad; otras se rebelan contra ella. Así ha ocurrido a lo largo de la historia de la humanidad.

Los profetas bíblicos a menudo fueron llamados a transmitir mensajes que la gente no quería oír. Como resultado, muchos fueron criticados, marginados, amenazados de muerte o incluso asesinados (Heb. 11:32-38). A pesar de todo esto, los profetas de Dios proclamaron fielmente sus mensajes porque el llamado divino al ministerio profético no era opcional para ellos. Habían recibido una instrucción para salvar la vida del pueblo de Dios. Por lo tanto, sus mensajes tenían que ser comunicados sin importar el costo personal.

La propia fundación de Israel como nación independiente comenzó con profetas que desafiaban los sentimientos populares del pueblo. Moisés fue un líder y un profeta que conoció muy de cerca las alegrías y los dolores de guiar a una multitud heterogénea mientras conducía a los israelitas a través del desierto en busca de la tierra prometida.

Cuando los espías israelitas trajeron informes de gigantes aterradores y enormes ciudades amuralladas en Canaán, el pueblo entró en pánico (Núm. 13:31-14:1). Volviéndose contra Moisés y Aarón, la multitud exigió un nuevo liderazgo que los llevara de vuelta a Egipto (Núm. 14:2-4). Moisés y Aarón, los representantes humanos del Dios supremo, eran blancos fáciles para la ira de la nación. Los seres humanos necesitamos sentirnos seguros

física y mentalmente. Cuando nos sentimos amenazados en alguna de esas dos esferas, podemos enfurecernos o incluso volvernó irracionales.

Los israelitas albergaban temores legítimos sobre los desafíos que les esperaban para poseer la tierra prometida, «pero cuando los hombres entregan su corazón a la incredulidad, se colocan bajo el dominio de Satanás, y nadie puede decir hasta dónde los llevará».¹ Moisés se enfrentó en ese momento a un desafío de liderazgo casi insuperable. El temor del pueblo pronto se convirtió en ira contra Aarón y Moisés y en una rebelión abierta contra Dios.

A pesar del escepticismo y la rebelión que imperaban entre la multitud, había personas fieles como Josué y Caleb que confiaban plenamente en Dios. Cuando el pueblo buscó nuevos líderes para sustituir a los elegidos por Dios, Josué y Caleb rasgaron sus vestiduras y suplicaron al pueblo que confiara en Dios a pesar de sus temores, diciendo: «Si el Señor nos favorece, nos ayudará a entrar a esa tierra y nos la dará. Es un país donde la leche y la miel corren como el agua. Pero no se rebelen contra el Señor, ni le tengan miedo a la gente de ese país» (Núm. 14:8-9). Estas voces fieles enfurecieron al pueblo, lo que habría resultado en la muerte de Josué y Caleb de no ser por la intervención de Dios (Núm. 14:10).

Los mensajes transmitidos por los profetas de Dios desafían constantemente a las personas a reconsiderar sus opiniones y a confiar en la guía de Dios. El conflicto entre Moisés y la multitud es una tensión que se percibe en muchas historias del Antiguo Testamento. Esta lucha se manifestó plenamente en el ministerio profético de Jeremías.

Cuando Dios llamó a Jeremías, lo llamó a un ministerio difícil que muy pocas personas hubieran aceptado. El Señor le dijo: «Ármate de valor; ve y diles todo lo que yo te mande. No les tengas miedo, porque de otra manera yo te haré temblar delante de ellos» (Jer. 1:17). Dios le dijo a Jeremías que, para ser profeta, debía ser tan fuerte como una columna de hierro: fiable e inquebrantable (Jer. 1:18). De hecho, Jeremías se enfrentó a una dura oposición durante su ministerio profético, pero Dios lo sostuvo y le dio la fuerza necesaria para cumplir con su llamado.

1. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas* (ACES, 2015), p. 409.

Haz un esquema o un mapa conceptual de Jeremías 36:20-32. Céntrate especialmente en los versículos 20-26. Transcríbelos a partir de la versión de la Biblia que prefieras o reescríbelos con tus propias palabras. ¿Qué revela este texto sobre el tipo de resistencia que los profetas solían soportar?

Revisa el pasaje que has transcrito.

- ✓ [Rodea] las palabras, frases o ideas que se repiten.
- ✓ [Subraya] palabras o frases que sean importantes y significativas para ti.
- ✓ Dibuja [flechas] para conectar palabras o frases relacionadas entre sí.



7ª SEMANA **2**

inTerioriza



Destruyendo el mensaje

Jeremías fue la voz profética de Dios para la nación de Judá en una época de fatalidad inminente. Durante muchos años, Dios había estado enviando mensajes a través de Jeremías para advertir a Judá, para expresarles su descontento con ellos y decirles que Babilonia los conquistaría y los llevaría cautivos al exilio (Jer. 6:8-19, 26). El Señor buscaba salvarlos, pero primero tenían que obedecer.

Los pecados de Judá eran muchos, evidentes y profundamente arraigados. La idolatría, el sacrificio de niños, el adulterio y la tiranía eran comunes y generalizados en la época de Jeremías, pero las advertencias y súplicas del profeta no fueron escuchadas. A medida que el ministerio profético de Jeremías llegaba a su fin, las súplicas de Dios a sus hijos descarriados se hicieron más intensas, aunque sus esfuerzos siempre siguieron siendo redentores. En Jeremías 32, por ejemplo, Dios le dice al profeta que compre un terreno y conserve la escritura, «pues el Señor todopoderoso, el Dios de Israel, dice: “En esta tierra volverán a comprarse casas, campos y viñedos”» (Jer. 32:15). La compra de esta propiedad demostraba la fe del profeta en que el pueblo de Dios regresaría a su tierra tras el exilio babilónico.

Fue el amor lo que movió a Dios a hacer que Jeremías escribiera una especie de última exhortación al arrepentimiento y la reforma. Baruc escribió su mensaje y lo leyó en voz alta en Jerusalén. El mensaje sorprendió a quienes lo escucharon. Cuando los príncipes de la corte real oyeron el mensaje de Jeremías, llamaron a Baruc para que fuera a leerles el rollo. Los príncipes se dieron cuenta de inmediato de que Jeremías correría peligro si compartían este rollo con el rey. Preocupados por su seguridad, advirtieron a Baruc que se llevara a Jeremías y se escondieran (Jer. 36:19).

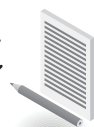
Los príncipes presentaron su informe al rey Joaquín, quien exigió que le trajeran el rollo y se lo leyeran. El rey solo escuchó el comienzo del mensaje de Jeremías antes de enfurecerse, arrebatar el manuscrito, cortarlo en pedazos y arrojarlo al fuego (Jer. 36:20-23). La respuesta de Joaquín fue de desprecio hacia Dios, su mensaje y su mensajero.

A veces tendemos a creer que es posible hacer desaparecer un mensaje divino simplemente rechazándolo, destruyéndolo o deshaciéndose del mensajero. Nuestra renuencia a prestar atención a la palabra profética de Dios no borra el mensaje que él tiene para nosotros. Nuestro desdén solo intensifica el daño que nos sobrevendrá a nosotros y a nuestras

familias debido a nuestra ignorancia deliberada o rebelión. La profecía de Jeremías sobre el fin del rey Joaquín contiene una grave advertencia para todo ser humano (Jer. 36:30-31): si ignoramos las advertencias que Dios nos hace, lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo, pues cosecharemos las consecuencias de nuestro pecado y nuestra maldad.

- ✓ ¿Qué nos dice sobre el carácter amoroso de Dios el hecho de que él insista en acercarse a su pueblo a pesar de la rebeldía de este?
- ✓ Imagina que el rey Joaquín hubiera aceptado el mensaje de Jeremías. ¿Cómo habría cambiado eso la historia de Jerusalén?

Escríbelo aquí





7ª SEMANA **3**

inTerpreta



Una historia de resistencia

El ministerio profético de Jeremías abarcó los reinados de Josías, Joacaz, Joaquín, Joaquín y Sedequías. El reino de Babilonia, liderado por Nabucodonosor, ya había saqueado Jerusalén y se había llevado a algunos cautivos a Babilonia cuando un joven de 21 años llamado Sedequías subió al trono de Judá (2 Crón. 36:11). Para entonces, las profecías de Jeremías estaban a punto de cumplirse. De este nuevo rey, la Biblia dice: «Hizo lo malo ante los ojos del Señor su Dios; y no se humilló delante del profeta Jeremías que le hablaba por boca del Señor» (2 Crón. 36:12, NBLA). Fijate en cómo se describe el don profético de Jeremías: se lo presenta como un portavoz de Dios mismo. Sin embargo, Sedequías no se humilló ante el profeta.

Jeremías, que era solo un hombre, un pecador como nosotros, era un representante del Señor y hablaba en su nombre. Jeremías fue uno de los muchos que desempeñaron ese papel. Durante siglos, Dios había estado enviando profetas a su pueblo (Éxo. 3:15; Sal. 105:26; Mal. 3:1; Isa. 6:8; Jer. 25:4; Mat. 11:13; Luc. 11:49, etc.), ya que él «no quiere que nadie sea destruido, sino que todos cambien su vida y dejen de pecar» (2 Ped. 3:9, PDT). La historia del antiguo Israel y Judá es la historia de los incesantes intentos de Dios por alcanzar a su pueblo descarriado con sus promesas de salvación, si tan solo se arrepintieran.

En esta hora tardía de la historia de Judá, la gracia que Dios extendió a la nación a través de la guía y el consuelo de la voz profética de Jeremías no fue recibida con humildad, fe y arrepentimiento, sino con risas, burlas y escarnio.

La respuesta humana al don de profecía puede adoptar muchas formas. Salvo raras excepciones, la historia del antiguo Israel y Judá fue una historia de rechazo a los profetas. En tiempos de Moisés, los hijos de Israel cayeron en una rebelión abierta contra él y Aarón, impulsados por el temor a los enemigos con los que se encontrarían al intentar entrar en la tierra prometida. El rey Joaquín siguió el ejemplo de sus padres cuando quemó el mensaje de Dios con la esperanza de eludir la palabra profética de Dios. Los profetas anteriores y posteriores a Jeremías se enfrentaron a tipos similares de resistencia.

Esta larga historia del pueblo de Dios rechazando a los profetas los llevó a perseguir a Jeremías y finalmente resultó en el cautiverio de Judá en Babilonia (2 Crón. 36:15-21). Este es el trágico relato que entristeció

tanto a Jesús cuando clamó: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía!» (Mat. 23:37). Esta triste historia pesaba en el corazón de Esteban cuando preguntó a los miembros del Sanedrín en Jerusalén: «¿A cuál de los profetas no maltrataron los antepasados de ustedes?» (Hech. 7:52). Incluso escuchar que alguien mencionara esta historia era algo intolerable para los líderes nacionales, quienes interrumpieron el discurso de Esteban y lo apedrearon hasta martarlo (Hech. 7:57-58). La historia del pueblo de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, muestra que a menudo a la gente le cuesta aceptar los mensajes y las advertencias que Dios envía a través de los profetas.

- ✓ ¿Por qué es tan común que los profetas se enfrenten a una feroz oposición y resistencia?
- ✓ ¿Cómo afecta a nuestra relación con Jesús el hecho de rechazar repetidamente sus mensajes?
- ✓ Memoriza tu pasaje favorito de Jeremías 36:20-32. Escríbelo varias veces a fin de que te sea más fácil recordarlo.

Escríbelo aquí





7ª SEMANA **4**

inVestiga



¿Cómo nos ayudan los siguientes pasajes a comprender mejor algunos de los retos del ministerio profético de Jeremías?

Un profeta afligido:

Jeremías 9:1

Jeremías 13:17

Jeremías 14:17

Jeremías 20:14-18

Confrontación

intensa:

Jeremías 15:10

Jeremías 26:8-11

Jeremías 38:4

Transmitiendo fielmente

la palabra de Dios:

Jeremías 20:7-9

Jeremías 26:2

- ✓ ¿Qué otros versículos o promesas te vienen a la mente en relación con la forma en que el pueblo de Dios ha recibido los mensajes divinos a lo largo de la historia?

Repasa el pasaje que memorizaste de Jeremías 36:20-32.

Escríbelo aquí





7ª SEMANA **5**

inVita



Para nuestra advertencia

Los relatos del Antiguo Testamento, por muy sórdidos y tristes que sean, quedaron registrados por una buena razón: para que podamos aprender lecciones sobre lo que sucede cuando nos rebelamos contra Dios. Según el apóstol Pablo, Dios conservó estas importantes historias para nuestra instrucción, a fin de salvarnos de repetir los mismos errores: «Todo esto sucedió como un ejemplo para nosotros, para que no deseemos lo malo, como ellos [nuestros antepasados] lo desearon» (1 Cor. 10:6). En otras palabras, el pasado establece el contexto de lo que ocurre ahora y en el futuro, y a menos que aprendamos de él, estamos condenados a repetirlo.

Refiriéndose a las experiencias y los fracasos de los israelitas durante sus años de peregrinaje por el desierto, Pablo concluyó: «Todo esto les sucedió a nuestros antepasados como un ejemplo para nosotros, y fue puesto en las Escrituras como una advertencia para los que vivimos en estos tiempos últimos» (1 Cor. 10:11). El historial de las experiencias de la humanidad con Dios —tanto buenas como malas— no debe pasarse por alto ni menospreciarse. Él traza una línea recta que conecta el pasado y el presente, uniendo al antiguo Israel con la iglesia actual de la que ahora formamos parte quienes hemos aceptado a Jesús como Señor y Salvador (Gál. 6:14-16).

En efecto, Dios nos está diciendo que no estamos condenados a repetir los errores de las generaciones pasadas, siempre y cuando prestemos atención a las advertencias de las Escrituras y a los mensajes que él nos envía a través de sus profetas. Las historias y los escritos de los profetas deberían motivarnos a ser humildes y a confiar en Dios. Como dijo Pablo: «El que cree estar firme, tenga cuidado de no caer» (1 Cor. 10:12). Dios nos da la fuerza para aprender del pasado y experimentar la victoria en el presente (1 Cor. 10:13). Si escuchamos, aprendemos y obedecemos, estaremos seguros y seremos prosperados (2 Crón. 20:20). La prosperidad espiritual que Dios quiere darnos no se define por tener hermosas casas y automóviles, buena vestimenta y otras posesiones materiales. Aunque Dios promete ocuparse de nuestras necesidades, él desea especialmente que nuestra vida espiritual prospere, al igual que prosperamos en otros aspectos (3 Juan 1:2). Sin embargo, la verdadera y duradera plenitud espiritual en la vida cristiana requiere obediencia a los mensajes de Dios.

Dios no desperdicia palabras. Cuando habla, sus palabras son eternas. Su poder y eficacia nunca terminan (Isa. 40:8). Se nos dan para amonestarnos a «los que vivimos en estos tiempos últimos». Si eso era cierto entonces, ¿cuánto más se aplican estas palabras a nosotros hoy?

✓ ¿Qué lecciones o valores puedes extraer de los relatos bíblicos sobre la rebelión y la incredulidad que te ayuden a evitar seguir el mismo camino?

Escríbelo aquí





La recepción y la comunicación de los mensajes de Elena de White

Durante su vida, Elena G. de White recibió cientos de visiones y sueños proféticos. Las visiones duraban desde unos pocos minutos hasta varias horas y, a veces, eran presenciadas por grandes grupos de personas. En algunas ocasiones, incluso quienes eran escépticos respecto de su don profético pudieron examinarla durante tales manifestaciones públicas.

Al igual que los profetas bíblicos, Elena G. de White experimentaba fenómenos sobrenaturales mientras estaba en visión. En 1868, James White dio una descripción detallada del estado de Elena G. de White durante una visión. Ella estaba «completamente inconsciente de todo lo que sucedía a su alrededor»; no respiraba; sus músculos y sus articulaciones estaban «rígidos»; sus movimientos y gestos eran «distendidos y delicados», y tenía los ojos abiertos. Al salir de la visión, perdía temporalmente la vista, aunque su visión no se veía afectada. Nadie podía controlar cuándo o cuánto tiempo estaría en visión, en parte porque las visiones solían ser inesperadas, incluso para la propia Elena.¹

Al igual que en los tiempos bíblicos, la reacción de la gente ante los mensajes variaba. Algunos aceptaban los consejos de Dios, mientras que otros los rechazaban. Como dijo Elena G. de White: «Dios me puso para reprender a su pueblo, y [...] considerará a todos aquellos a quienes se proclama este mensaje como responsables del modo en que lo traten. [...] Yo no escogí esta desagradable tarea. No me trae la alabanza o el favor de los hombres. [...] En nombre de mi Redentor y con su fuerza, haré cuanto pueda. Advertiré, aconsejaré, reprenderé y alentaré tal como dicta el Espíritu de Dios, espíritu de Dios».²

Elena se mostró muy amable con quienes expresaban escepticismo respecto a su don profético. Hizo hincapié en que a esas personas se las debía tratar con «mucha paciencia y amor fraternal [...] hasta que encuentren su lugar y adopten una posición en favor o en contra».³

Elena G. de White estaba convencida de que la verdadera evidencia de su don profético eran los mensajes que Dios le daba. Si las personas buscaban honestamente la verdad, ella creía que llegarían a ver que su don era genuino y auténtico. Confiaba en que Dios las guiaría en su búsqueda de una mejor comprensión, pero también escribió que Dios nos ha dado evidencias suficientes «para inclinar nuestra fe hacia el lado de la verdad».⁴

1. Ver James White, *Life incidents* (Seventh-Day Adventist Publishing Association, 1868), pp. 271-274.

2. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (IADPA, 2008), t. 4, p. 229.

3. *Ibid.*, t. 1, p. 294.

4. *Ibid.*, t. 4, p. 228.



7ª SEMANA 7

inQuiere



A medida que avanzamos en este estudio, es importante profundizar en el material y reflexionar sobre sus implicaciones para nuestra fe y nuestra vida cotidiana. En tu clase de Escuela Sabática (o grupo de estudio bíblico), utiliza el esquema de preguntas que figura a continuación para dirigir un debate reflexivo basado en el pasaje principal de esta semana y los versículos de apoyo.

Resistirse al mensaje:

1. ¿Cómo respondió el rey Joaquín a la advertencia profética? (Jer. 36:20-26).
2. ¿Cómo respondió Dios al acto de rebeldía de Joaquín? (Jer. 36:27-31).
3. ¿Cómo fue recibido el mensaje de Jeremías algunos años más tarde por el rey Sedequías? (2 Crón. 36:11-12).
4. ¿Cómo respondió la nación de Judá a los mensajes que Dios les envió a través de sus profetas? (2 Crón. 36:15-16).
5. ¿Por qué crees que esta historia de rechazo a los profetas entristeció tanto a Jesús? (Mat. 23:37).

Reflexión personal: ¿Cómo responde Jesús cuando ignoramos a los mensajeros que él envía?

Una historia para nosotros:

1. ¿Cómo se resistieron los israelitas a los líderes y profetas de Dios durante su peregrinaje por el desierto? (Núm. 14:1-4).
2. Según el apóstol Pablo, ¿por qué inspiró Dios a los profetas a registrar las historias que tenemos en la Biblia? (1 Cor. 10:6-11).
3. ¿Cómo nos da la Biblia la esperanza de que no estamos condenados a repetir los errores del pasado? (1 Cor. 10:12-13).

Reflexión personal: Los israelitas se burlaron de los mensajeros de Dios, despreciaron sus palabras y se mofaron de sus profetas. Sin duda, hoy en día nunca haríamos algo así... ¿o sí? ¿Crees que hay formas más sutiles de socavar o menospreciar a los profetas sin oponerse abiertamente a ellos?

Puntos clave para recordar:

- El pueblo de Dios a menudo se resistía a los mensajes de los profetas.
- Jesús se entristece cuando su pueblo rechaza a los mensajeros que él les envía.
- Las historias de la Biblia se escribieron para ayudarnos a evitar repetir la historia de aquellos que rechazaron los mensajes de Dios.